

Sobre el radicalismo de los trabajadores mineros de Bolivia

LAWRENCE WHITEHEAD

I. INTRODUCCIÓN

Los trabajadores mineros de Bolivia poseen una reputación de militancia laboral y radicalismo político superior a la de cualquier otra clase trabajadora en América Latina. En 1966, cuando Henry Landsberger presentaba pruebas para su afirmación de que en América Latina “los objetivos de la clase obrera son económicos y no ideológicos”, se vio obligado a añadir que “el papel de la clase obrera boliviana en la revolución de 1952 y en la contrarrevolución de 1964 contradice hasta cierto punto nuestra tesis, lo admitimos”.¹ Desde los primeros años de la década de los cuarenta, el elemento dominante en el movimiento obrero boliviano ha sido la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB). Comúnmente, sus líderes han sido aceptados por los otros sectores del movimiento obrero (los trabajadores industriales de la ciudad, por ejemplo) como los dirigentes máximos de la clase obrera en todo el país.² En su etapa más exitosa (1952-1956), los trabajadores de las minas de estaño consiguieron no sólo la nacionalización de las tres compañías mineras privadas más importantes, sino también el establecimiento de un elemento de control

¹ Henry Landsberger, “The Labor Elite: Is It Revolutionary?” en S.M. Lipset y A. Solari (eds.) *Elites in Latin America* (Oxford University Press, 1966) p. 296, p. 280. Landsberger utilizó una definición extraordinariamente amplia del término “revolucionario”, en la que bastaba con buscar “cambios sustanciales en las principales instituciones sociales, tales como el sistema de propiedad o el sistema de acceso al poder político” (p. 263). Por lo tanto, en teoría, casi todas las organizaciones obreras autónomas (con excepción quizá de la AFL-CIO [Federación Norteamericana de Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales]) llenarían estos requisitos.

² Véase Guillermo Lora, *History of the Bolivian Labour Movement, (1848-1971)*, Cambridge University Press, 1977, especialmente los libros 6-8.

obrero en la administración de las minas; constituyeron también una milicia armada capaz de intervenir de manera estratégica en la dirección del curso de la política nacional; su sindicato "capturó" efectivamente el Ministerio de Minas; y tuvieron una gran influencia al radicalizar y extender la llamada reforma agraria que en la práctica se transformó en una revolución rural. Durante la siguiente década (1957-1967), a pesar de que el movimiento obrero en su totalidad sufrió una serie de importantes derrotas políticas que lo privaron de cualquier influencia dentro del aparato de Estado, los sindicatos mineros de Bolivia mantuvieron su cohesión interna, su militancia industrial y su radicalismo político. Todo esto se llevó a cabo a pesar de las medidas radicales de exclusión política, represión económica y coerción militar que las autoridades bolivianas pusieron en práctica, y ha continuado de esta misma manera a lo largo de la más prolongada y sistemática dictadura antiobrera de la que Bolivia salió recientemente (1971-1978).*

Este artículo analiza principalmente un elemento estratégico que ha contribuido a la intensidad y persistencia del radicalismo político entre los trabajadores mineros de Bolivia: el carácter solidario de las organizaciones sindicales locales en las principales comunidades mineras.

La geología indica que la mayor parte de los campamentos mineros se localizan en áreas aisladas e inhóspitas del altiplano. "En Bolivia, pocas minas se localizan por debajo de los 4,000 metros de altura [...] el trabajo en los molinos donde se separa el mineral puede dificultarse a medida que las fuentes de agua natural —limitadas en toda la región montañosa de Bolivia— se congelan. La falta de árboles en la pampa ofrece poco abrigo o sustento, quizás un poco de pasto grueso para algunas ovejas o llamas y, excepcionalmente, un pequeño pedazo de tierra donde se puedan cultivar de manera rudimentaria algunas papas. De otra manera, todas las provisiones deben traerse de fuera."³ En consecuencia, estas comunidades mineras se acercan mucho más al estereotipo de "masa aislada" propuesto por Kerr y Siegel que las principales comunidades mineras de la región montañosa de Perú (localizadas en medio de una densa población campesina). Este hecho hace que aumente su solidaridad interna así como la preeminencia local que un sindicato dirigido con fuerza pueda alcanzar. Incluso en los campamentos más accesibles de Chile y Perú, —pero especialmente en los de Bolivia— es cierto que, como afirma Francisco Zapata: "Si hay algo en las minas que es intocable es la institución sindical que juega a la vez el papel tradicional de agente negociador de

* Hay que señalar que en 1980 se ha impuesto, en forma por demás represiva, una nueva dictadura militar. (Nota del editor).

³ David J. Fox, "The Mining Industry of Bolivia", *Bank of London & South America Review* (Londres), noviembre de 1978, p. 595.

los problemas propiamente laborales y el papel de representante político, de autoridad municipal, de partido político.”⁴

La historia refuerza las semejanzas solidarias de estas comunidades mineras de Bolivia y su sensación de enfrentar un enemigo externo común, lo que ha llevado a varios sindicatos mineros a tratar de coordinar sus acciones para salir del aislamiento social. El sector minero ocupa una posición tan importante en la economía de Bolivia que tan pronto como los diversos sindicatos logran obtener cierto nivel de organización y coordinación a nivel nacional, su Federación se convierte en una fuerza importante capaz de reflejar todas las prioridades económicas y políticas del país. Tanto los dirigentes como los miembros de los sindicatos están conscientes de estas potencialidades y formulan sus ideas teniendo este contexto nacional en mente. Sin embargo, sus posibilidades de transmitir el radicalismo a la sociedad como un todo han originado una reacción correspondiente, la cual dedica esfuerzos considerables a la desorganización y desintegración de la Federación de Trabajadores Mineros (FSTMB). En este artículo nos ocupamos principalmente de los largos períodos de represión recientes (1964-1969 y 1971-1978) durante los cuales la organización y la coordinación a nivel nacional fueron extremadamente difíciles, y el objetivo principal de la organización obrera consistió en preservar un mínimo de autonomía para los radicales sindicatos locales; aun esto era difícil de lograr, mientras se empleaban tropas para rodear los campamentos mineros y perseguir a los dirigentes obreros.

En condiciones tan adversas, la persistencia de una posición radical depende del punto de vista y la solidaridad de la base del movimiento sindical. La composición social y las actitudes de los trabajadores mineros comunes se convierten en la variable central. Desde el punto de vista de los comentaristas enemigos de la Federación, se considera que los trabajadores mineros comunes están mal informados y son guiados erróneamente; por este motivo, es necesario protegerlos de la influencia de dirigentes obreros demagógicos e irresponsables y mostrarles una visión más ‘responsable’, desradicalizando así a este sector social.⁵ Como una reacción compren-

⁴ “Mineros y Militares en la coyuntura actual de Bolivia, Chile y Perú” (ponencia presentada en la conferencia de LASA, Pittsburgh, abril de 1979).

⁵ Desde que la minería intensiva de gran capital llegó a la industria del estaño en Bolivia a principios de siglo, se han adoptado diversas estrategias para contener los disturbios obreros. Hasta la II guerra mundial predominaba una filosofía radicalmente antisindicalista, pero el gobierno estadounidense y la AFL-CIO contribuyeron a que se realizara un importante cambio de actitud en 1943. El interés estadounidense estaba motivado en parte por el temor sobre la seguridad de una fuente importante de minerales estratégicos, en una época en la que se pensaba que agentes alemanes llevaban a cabo actividades en Bolivia y en la que una manifestación obrera había sido reprimida dejando como saldo un gran número de muertes (Catavi, diciembre de 1942). Como resultado, en febrero de 1943 el juez Calvert Magruder encabezó una comisión estadounidense para investigar las condiciones de trabajo en Bolivia. Su principal reco-

sible a esta interpretación hecha por sus enemigos, los partidarios del movimiento obrero han tratado de promover un estereotipo opuesto según el cual todos los trabajadores mineros comparten un alto nivel común de conciencia política y sus líderes no son más que portavoces del consenso radical de toda la comunidad. Este artículo estudia qué hay detrás de estos dos estereotipos; investiga la naturaleza de las relaciones entre los dirigentes locales de los sindicatos y las bases; y evalúa el grado de burocracia o de democracia que opera en este nivel, en la creencia de que estos puntos son básicos para cualquier explicación de la persistencia del radicalismo político entre los trabajadores mineros de Bolivia frente a la represión externa.

II. LAS BASES

1) *Número de miembros*

Las estadísticas bolivianas deben manejarse siempre con precaución. No sólo en Bolivia sino en toda América Latina, deben ponerse en duda especialmente las estadísticas sobre el número de miembros de los sindicatos, a causa de los beneficios políticos que podrían obtenerse al magnificar la fuerza de una organización amiga o menospreciar el número de miembros afiliados a una organización rival. A pesar de ello, funcionarios de la FSTMB afirman que —incluso cuando su posición legal se pone en duda (como en 1975)— los patrones colaboran con la Federación al deducir las cuotas sindicales de la planilla de pagos mensual. Este sistema se esta-

mendación en lo referente a cuestiones sindicales refleja la perspectiva del Nuevo Trato* y contribuyó a ejercer presión para la creación de la FSTMB (que se llevó a cabo en junio de 1944).

“La mejor garantía de que los trabajadores recibirán un trato justo es un movimiento obrero bien organizado, bajo una dirección responsable. En general, el desarrollo de los sindicatos en Bolivia se encuentra en una etapa inicial. Es indispensable que se lleve a cabo aquí un lento proceso de educación. Mientras más educadas y mejor instruidas están las bases, más efectiva y responsable será la organización y habrá una mayor oportunidad de que de las masas organizadas surgan dirigentes competentes y sensatos. Cuando dicho movimiento obrero llegue a la madurez, será menos probable que los obreros sean manipulados por políticos demagógicos.” (Informe de la Comisión Magruder de expertos laborales, presentada al gobierno de Bolivia el 13 de marzo de 1943 (mimeografiado) p. 20).

* N. del T.: “New Deal”, (política interna de F.D. Roosevelt).

bleció por decreto gubernamental en noviembre de 1944 y no ha sido modificado desde esa fecha.⁶ En consecuencia, las estadísticas sobre la membresía de los sindicatos deben obtenerse de registros relativamente precisos que están disponibles, en principio, para ser examinados por las autoridades, las cortes o los mismos miembros. Esto proporciona cierta confiabilidad a la magnitud del número de miembros regulares de la FSTMB, que en 1960 se estimaba en 52,000 y en 1975 en 50,000.⁷ Estas cifras aparentemente estables del total de miembros encubren, sin embargo, ciertos cambios importantes. Por ejemplo, en 1956, 36,000 miembros eran empleados directamente por la empresa minera nacionalizada Comibol; en 1960, este número se redujo a 29,000 y en 1975, a 24,000. En contraste, el número de miembros empleados por las empresas privadas clasificadas como "mediana minería" se elevó considerablemente debido a las crecientes perspectivas de este sector. Estas cantidades no son tan exactas pero indican que no sólo se duplicó el número de empresas 'medianas', sino que el número de miembros del sindicato empleado por estas empresas aumentó más del doble, de 6,000 a 14,000 (incluyendo a contratistas no regulares). Para 1974, los informes anuales de la FSTMB mostraban ingresos de 810,000 pesos bolivianos por concepto de afiliación de trabajadores pertenecientes a las minas nacionalizadas y de 228,000 pesos por parte del sector privado (que incluía cooperativas, minería chica, arrendatarios, etcétera, los que constituían una tercera parte de los miembros regulares pero eran una muy pequeña e irregular fuente de ingresos por concepto de afiliación.⁸ Ya que la cuota de afiliación básica a la FSTMB es de 15 pesos al año (hasta 75 pesos para aquellos con los salarios más altos), estos informes concuerdan con el total de miembros que afirma tener la Federación.

⁶ En algunas ocasiones los directivos de empresas en conflicto con un sindicato determinado han logrado transferir el reconocimiento a un dirigente rival, pero no se ha discutido el principio que permite a los trabajadores realizar pagos mensuales a su propia organización. En 1974, un régimen hostil a la FSTMB estipuló que las cuotas deberían depositarse en una cuenta en el Banco Central, de la que los dirigentes sindicales sólo podrían retirar más de 1,000 pesos bolivianos con el permiso expreso de una asamblea de trabajadores y después de que un inspector de Trabajo hubiera aprobado los documentos necesarios. No obstante, en este caso se respetó también el principio que otorga a los trabajadores el derecho a ser miembros de un sindicato.

⁷ Departamento de Trabajo de Estados Unidos, Oficina de Estadística Laboral, *Labor Law and Practice in Bolivia*, Informe 208 (Washington, 1962), p. 17. Para 1975, Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral. En el mismo período, el número de miembros de la Confederación de Trabajadores Fabriles se elevó —según se informa— de 38,000 a 62,500, mientras que el de la Confederación de Ferroviarios disminuyó de 25,000 a 10,000.

⁸ Una sola empresa privada —el grupo ESTALSA— aportó 40,000 pesos por concepto de cuotas de inscripción en 1974. Esta cifra indica que en dicha empresa laboraban alrededor de 2,000 miembros que pagaban sus cuotas al sindicato. International Mines aportó 17,000 pesos y Fabulosa, 14,000.

Según el Ministerio de Trabajo, los 50,000 miembros de 1975 se distribuían en 40 sindicatos. Yo calculo que aproximadamente 10,000 de ellos pertenecen a cuatro sindicatos, los cuales se concentran en una zona geográfica, tienen una gran influencia entre sí, comparten las tradiciones más vivas y militantes, y proporcionan a la Federación una gran parte de su orientación personal y política. Estos sindicatos son: Siglo xx (la principal mina de Patiño con un sindicato organizado originalmente en 1940 por el Partido de Izquierda Revolucionario (PIR); Catavi (el concentrador de minerales adyacente); Huanuni (otra mina de Patiño en el camino y la ruta ferroviaria de Oruro); y los locatarios de Siglo xx, un nuevo grupo muy numeroso que trabaja en los sitios que no son de interés para la administración de la Corporación Minera Boliviana (Comibol). Los principales centros de actividad de la FSTMB y alrededor del 50% de sus miembros se localizan en otro reducido número de sindicatos como son los de Quechisla, Colquiri y Potosí. El resto de los sindicatos se dispersa geográficamente entre más de 30 secciones sindicales, cada una de las cuales cuenta con menos de mil miembros y posee una capacidad reducida para llevar a cabo una acción efectiva fuera de un radio local muy restringido. (Entre los pequeños campamentos mineros, el que posee mayor importancia política es Milluni, ya que debido a su proximidad con La Paz ha podido intervenir rápidamente cuando se han llevado a cabo levantamientos en la capital. La mina de San José posee un papel igualmente privilegiado ya que se localiza a poca distancia del centro de Oruro). El resto de esta sección se concentrará en la información sobre las bases de los sindicatos en las principales empresas mineras, en donde la organización sindical ha logrado el mayor impacto. Por este motivo, debe tenerse en mente que nuestra atención se concentra en un grupo de menos de 20,000 trabajadores sindicalizados, menos de una décima parte de la población económicamente activa de Bolivia y menos del 2% de la población afiliada a una organización con el membrete de 'sindicato'.⁹ Sin embargo, esta pequeña parte de la fuerza de trabajo realiza una gran contribución a la economía nacional, posee una influencia política que no va en relación con su fuerza numérica y es símbolo de lucha revolucionaria para otros sectores menos organizados de la población trabajadora.

⁹ Las cifras del Ministerio de Trabajo sugieren que Bolivia posee en la actualidad alrededor de 250,000 trabajadores sindicalizados, distribuidos en 600 sindicatos aproximadamente; pero estas cifras omiten ciertos sectores de importancia de la población urbana sindicalizada. Existen también cerca de un millón de trabajadores afiliados —sin gran cohesión— a un sindicato campesino.

CUADRO 1

TRABAJADORES PERMANENTES EN LA NÓMINA DE PAGOS DE COMIBOL.
DICIEMBRE DE 1967

<i>Empresa</i>	<i>Mina</i>	<i>Ingenio</i>	<i>Superficie</i>	<i>Jubilados</i>	<i>Total</i>
Catavi	1,571	818	2,003	303	4,695
Quechisla	1,441	621	1,623	186	3,871
Colquiri	987	418	1,071	111	2,587
Huanuni	914	371	972	122	2,379
Unificada de Potosí	754	390	702	85	1,931
+ Otras 12	(cada una con menos de 1,000 trabajadores)				
Todas de Comibol	7,645	3,320	10,145	1,135	22,245
<i>De los cuales:</i>					
Obreros	7,049	2,774	4,383	510	14,716
Empleados	596	546	5,762	625	7,529

ii) *Catavi*

El cuadro 1 señala algunas de las concentraciones más importantes de trabajadores sindicalizados en la industria minera de Bolivia. Aunque las cifras corresponden a diciembre de 1967, en la actualidad podrían encontrarse cantidades muy similares. El primer punto que debe subrayarse es que incluso la famosa empresa Catavi (que abarca tanto el sindicato de Catavi como el de Siglo xx) empleó solamente un total de 4,700 obreros como trabajadores regulares; en 1973, esta cifra se había elevado a 4,800. Esto constituía únicamente un porcentaje limitado de la fuerza de trabajo disponible en ese distrito para el trabajo en las minas. Esto trajo como consecuencia que aun los hijos de mineros que solicitaban trabajo a la empresa debían esperar hasta 12 meses antes de ser contratados. El presidente Barrientos estipuló que sólo aquéllos que tuvieran libreta de servicio militar podrían ser contratados por Comibol. La única esperanza de los trabajadores de más edad, las mujeres y los menos capacitados, consistía en encontrar empleos relativamente inestables en cooperativas mineras. Por ejemplo, los locatarios del Sindicato 20 de Octubre abandonaron zonas de la mina Siglo xx; muchos de ellos son antiguos obreros de la empresa con fuertes tradiciones de organización colectiva que formaron su propio sindicato en octubre de 1969 (en la actualidad este sindicato tiene alrededor de 2,500 miembros). Existen otros dos sindicatos mineros en el área

que también están afiliados a la FSTMB: los “veneristas” y los “lameros”, cada uno de ellos posee alrededor de 1,000 miembros y consigue trabajo utilizando métodos de minería primitivos pues venden a la empresa el mineral que producen. El “Comité de Amas de Casa” es otra importante organización que pertenece también a la Federación. El resto de la fuerza de trabajo local que no está dedicada a la agricultura o al sector de servicios se dispersa en minas privadas, de las cuales la más grande (Pucro) tiene 220 trabajadores y un sindicato en constante actividad. Pero la mayoría de estas minas sólo trabaja periódicamente y emplea a un reducido número de trabajadores, inclusive es posible que sólo funcionen “como simple pantalla para comercializar el mineral robado a la Empresa”.¹⁰ Aun los sindicatos más grandes y más combativos poseen una capacidad de organización limitada en su región, aunque es posible que durante una crisis puedan atraer a su causa a un alto porcentaje de la población no organizada.¹¹ (La población total de la provincia de Bustillo asciende a 100,000 habitantes aproximadamente, pero ya que virtualmente todos los trabajadores permanentes están casados y cuatro quintas partes tienen hijos, una nómina de pagos de 4,700 empleados se eleva a más de 20,000 si se incluyen las personas que dependen directamente de ellos). No obstante, en situaciones más normales —cuando la provincia no está muy unida debido a la inminencia de un peligro común como devaluación, recesión u ocupación militar— existen marcadas divisiones entre diferentes grupos, incluso en el núcleo mismo de los 4,700 trabajadores permanentes de Catavi que constituyen el elemento básico del activismo de la FSTMB. Por ejemplo, sólo una tercera parte de ellos trabaja en el subsuelo, e incluso 1,300 no son obreros sino empleados que se dedican principalmente al trabajo administrativo, labores de almacenamiento, etcétera. Harris y Albó comparan este numeroso grupo con el de los obreros de la manera siguiente:

¹⁰ Olivia Harris y Javier Albó, *Monteras y Guardatojos* (Cuadernos de CIFCA, La Paz, 1975), p. 68, nota 16.

¹¹ Incluso en una situación de crisis no se sabe qué tan favorablemente respondería el grueso de la población de la Provincia de Bustillo a las iniciativas de los sindicatos de Catavi. Harris y Albó hacen hincapié en la separación que existe entre los trabajadores de Gran Minería (muchos de los cuales son cochabambinos) y la comunidad campesina adyacente.

Lo más corriente en Catavi es que haya una rotura más bien notable entre la mina y el campo circundante, debido a causas como las siguientes: porque los mineros ya son hijos de mineros, con lo que en la práctica ya pierden el acceso real a sus antiguas tierras; porque han venido de lugares superpoblados y terrenos escasos, como la lejana Cochabamba; o porque la entrada en la mina ha exigido una fuerte rotura sociocultural con el lugar de origen. (*Ibid.*, p. 30).

Un estudio de los mineros de Colquiri ponía de relieve la rotura sociocultural experimentada por los trabajadores mineros de origen campesino. *El Informe Cornell* (UMSA Cuaderno 29), La Paz, 1968, pp. 38-46.

Psicológicamente este grupo está muy alejado de los anteriores. Son parte de la burocracia propia de toda empresa grande y, desde 1952, son también parte de la creciente burocracia estatal que premia con puestos de trabajo a los que son fieles al grupo gobernante.¹²

La división entre el obrero y el empleado es muy marcada, como lo señala esta cita tomada del diario de un estudiante que trabajó durante algunos meses como obrero en la mina:

Lunes, 15 marzo 1971: La lucha de clases se manifiesta en lo más íntimo: el colectivo. Hay dos: uno para mineros y otro para empleados, profesores y pulperos. Los empleados no permiten que un minero suba hasta Cancañiri en el colectivo que está asignado a ellos. Arguye que el minero tiene su colectivo, que los ensucian, que con la ropa ensucian el colectivo. El minero no puede ir en ese colectivo así pierda la mita si se atrasó el suyo. En cambio al del minero suben algunos pulperos y profesores.

Domingo, 21 marzo 1971: Otras prohibiciones me esperan en la pulpería, cuando llega algún artículo, es para los obreros siempre que todos los empleados no lo quieran[. . .] En los baños de Catavi, donde se entra, sólo los rudimentarios para obreros. No a los medianamente confortables, para el empleado.

Estas divisiones existen también en los centros deportivos.

Los empleados constituyen una cuarta parte del total de la nómina de pagos y un porcentaje mucho más alto del total de miembros del sindicato de Catavi.¹³ Por ello, únicamente en el sindicato de Siglo xx puede esperarse que prevalezca una perspectiva estrictamente proletaria. Efectivamente, como señalan Harris y Albó:

[. . .] hasta hoy día sigue diciéndose que la región de Siglo xx es quizás el único lugar del país donde se puede hablar abiertamente contra el régimen y donde resulta más difícil "comprar" a los dirigentes. Hay reuniones sindicales y políticas frecuentes, muchas veces en el interior de las minas, y la región ha proporcionado muchos dirigentes de talla nacional.¹⁴

Uno de estos dirigentes explicó el importante papel de Siglo xx de la siguiente manera:

La definición de que Siglo xx es el laboratorio de la revolución es una realidad indiscutible. No sólo era una escuela para el conspirador, sino que se extendía a todo el resto de las actividades. Un ingeniero que ascendía a seccional, muy bien podía desempeñar la gerencia de cualquier

¹² *Ibid.*, p. 15.

¹³ En la década de los cuarenta los empleados pertenecían a un sindicato aparte del de los obreros, pero la FSTMB presionó para lograr la fusión.

¹⁴ *Ibid.*, p. 12.

empresa. En el exterior, haber pasado en el plano técnico por la escuela de la mina de Siglo xx le servía para ocupar un cargo de importancia. El resultado y la fama alcanzaba también, y con mayor preferencia, al trabajador de contrato. El que llegaba a cabecilla era considerado hombre de mano de obra calificado. Hay muchos obreros de Siglo xx que en las minas no nacionalizadas son recibidos con mucha preferencia [...] Por su combatividad de los trabajadores, el dirigente de Siglo xx alcanzaba dimensiones nacionales e incluso internacionales, no tanto por la misma capacidad del dirigente, sino, sobre todo, por la tradición de lucha de ese sindicato [...]

A pesar de esto, aun dentro de la fuerza de trabajo de Siglo xx existen elementos importantes de diferenciación. Como me explicaba un dirigente de la FSTMB, en las asambleas de Siglo xx todo el mundo tiene el mismo derecho de hablar y esto incluye a los falangistas, los trotskistas e incluso al soplón o agente que ocasionalmente pasa sin ser descubierto.¹⁶ Sin embargo, las divisiones que se mencionan con mayor frecuencia en los comentarios políticos son aquellas que existen entre las capas atrasadas y las avanzadas. Esta distinción parece resumir de manera adecuada una serie de contrastes importantes que podrían medirse parcialmente a través de los indicadores de educación, antecedentes rurales, etcétera. Debe subrayarse, por supuesto, que los mineros del interior comparten una serie de experiencias importantes y unificadoras: comparten el peligro de su situación laboral; un proceso de producción que hace hincapié en el colectivismo y que contrasta radicalmente con los patrones de trabajo individualista que pueden encontrarse en el resto de la sociedad boliviana; condiciones materiales extremadamente adversas con pocas recompensas individuales. Sin lugar a dudas, la participación en asambleas, huelgas y otras formas de acción colectiva origina un alto grado de solidaridad y experiencias compartidas entre los trabajadores de Siglo xx. No obstante, este fuerte proceso de socialización no afecta a todos los grupos de igual modo, ni mucho menos puede erradicar algunas de las diferencias más importantes entre diferentes grupos de trabajadores.

m) *Características sociales*

Casi todos los trabajadores que han sido encuestados son bilingües, pero sólo un 50% son hijos de campesinos. En un estudio de diez zonas mineras llevado a cabo en 1963, Guillermo Guerra descubrió que el 41% de los mineros había desempeñado previamente labores agrícolas: el porcentaje

¹⁵ Filemón Escobar, manuscrito inédito, p. 33.

¹⁶ Entrevista con Arturo Crespo, La Paz, 19 de agosto de 1975.

más alto era 58% y el más bajo, 20%.¹⁷ Sin lugar a dudas, Siglo xx constituye uno de los campamentos con el porcentaje más bajo de antiguos campesinos¹⁸ y el nivel educativo de sus trabajadores es relativamente alto si se le compara con la mayor parte de la población boliviana. (En una encuesta a 126 miembros de la FSTMB, entrevistados en sus trabajos en diferentes minas durante 1968, Magill descubrió que alrededor del 30% tenía cierta educación postprimaria y que casi todos afirmaban saber leer y escribir).¹⁹

Otros factores importantes compartidos por los trabajadores mineros son la brevedad de su vida de trabajo promedio y las malas condiciones de salud. En un estudio de 18,000 mineros llevado a cabo en 1963, se descubrió que el promedio de edad era de 30 años 3 meses (sólo 28 años en Siglo xx), el 61.5% tenía menos de 31 años y el 84%, menos de 41. El 53% de la fuerza de trabajo había laborado menos de cinco años en las minas; el 78%, menos de 10; y el 90%, menos de 15 años. El autor llegó a la conclusión de que :

el potencial humano de los jóvenes en nuestras minas se agota rápidamente, creemos que este agotamiento se debe en parte a las condiciones de trabajo extenuantes y también a las frecuentes enfermedades laborales, particularmente aquéllas del sistema respiratorio (silicosis y tuberculosis).²⁰

El estudio de la Universidad de Cornell sobre los mineros de Colquiri (campamento representativo a este respecto) proporciona una relación bastante detallada de las cuestiones relacionadas con la salud.

¹⁷ *Seguridad Social*, Núm. 247, p. 73.

¹⁸ En una gran empresa nacional como Siglo xx, los empresarios no se interesan por los empleados de origen campesino. Es cierto que trabajan más y se quejan menos, e incluso continúan trabajando aunque no cuenten con botas o sus lámparas dejen de funcionar. Pero los campesinos acostumbran abandonar el trabajo en temporada de cosecha y el reglamento de Siglo xx señala que si alguien falta a su trabajo cuatro días consecutivos o seis días no consecutivos, perderá su trabajo. Por este motivo, los empresarios prefieren que cuando un minero se retire, pase su trabajo a su hermano menor o a su hijo. De esta manera, la compañía proporciona al hijo el alojamiento que anteriormente utilizaba su padre, lo coloca en el mismo turno si es posible con el mismo equipo, y si el padre tenía algunas deudas en la pulpería, también éstas se heredaban.

(Entrevista, Siglo xx, 5 de septiembre de 1971). Desde 1930 el jefe de Trabajo de Uncia identificó los orígenes de los obreros que trabajaban para Patiño de la siguiente manera: agricultores 35%, sin oficio 15%, carpinteros 15%, mecánicos 10%, mineros 10%, albañiles, herreros, sastres, zapateros 15% (*El Diario*, 24 de diciembre de 1930).

¹⁹ John H. Magill, *Labor Unions and Political Socialization: A case study of Bolivian Workers*, (Praeger, 1974), pp. 54-55.

²⁰ *Seguridad Social*, *op. cit.*, p. 77 y p. 79. Cinco años después Magill (*op. cit.* p. 62) descubrió que el 36% de los mineros había comenzado a trabajar en las minas antes de cumplir 20 años, el 52% de la muestra de trabajadores mineros tenía menos de 35 años y el 84%, menos de 45.

En estas condiciones anómalas de funcionamiento, con mala oxigenación, mala nutrición, aspirando atmósferas contaminadas, sometido a continuos y bruscos cambios de temperatura y presión, con mala vivienda, con poco abrigo, con mal reposo, y peor sueño, la resistencia del organismo del minero se va debilitando, siendo presa fácil del proceso infeccioso y dando todo el cuadro de trastornos y molestias en el cuerpo y en el carácter, que iremos describiendo paulatinamente. Explosividad, irritabilidad, inestabilidad, son los indicios de un sistema nervioso fatigado[. . .] Los trastornos se expresan como dolores de cabeza, trastornos gastrointestinales, disminución en el rendimiento del trabajo y fatigabilidad, melancolía, pesimismo y toda una escala de elementos depresivos que tienen una explicación en las condiciones de esfuerzo continuo y carencia de reposo que hemos anotado.²¹

El hacinamiento, la desnutrición y la explotación en el trabajo no son exclusivos de los trabajadores mineros, por supuesto, pero además de estos factores, los mineros de Bolivia tienen que enfrentar condiciones climáticas excepcionalmente adversas y trabajar en minas antiguas, peligrosas, de gran profundidad y con mala ventilación. El resultado de todo esto es la propagación de silicosis en gran escala (por lo menos una cuarta parte de los trabajadores de Comibol habían contraído esta enfermedad incurable que hace cada vez más difícil la respiración).²² Los porcentajes entre los mineros que laboran bajo el nivel del suelo son mucho más altos y es de esperarse que muchos de los obreros que todavía no han contraído la enfermedad lo hagan antes de finalizar su vida laboral.²³

iv) *Actitudes de las bases*

Estas condiciones de trabajo proporcionan una base social permanente para el surgimiento de dirigentes políticos radicales, pero continúa existiendo una brecha considerable entre el nivel de sofisticación política ma-

²¹ *Informe Cornell, op. cit.*, p. 47.

²² Información del doctor Alberto Gumiel, director del Instituto Nacional de Salud Ocupacional, La Paz, 6 de diciembre de 1967. En esa época existían todavía 6,000 casos confirmados de silicosis entre los trabajadores de la nómina de Comibol (23,000 empleados) y se creía que el verdadero total era mucho más alto.

²³ Las condiciones de salud no han cambiado realmente desde principios de los años cuarenta, cuando el Informe Bohan mostró que cada año el 0.6% de la fuerza de trabajo en las minas sufría incapacidad permanente o muerte debido a accidentes. El administrador de una mina comentó que "si se sacara de las minas a todos los trabajadores afectados por enfermedades profesionales, me quedaría con menos de la mitad de mis hombres". Merwin L. Bohan, *Informe de la Misión Económica a Bolivia* (presentado al gobierno de Estados Unidos el 15 de agosto de 1942), La Paz (sin fecha), vol. III, apéndice I.

nifestado por los dirigentes sindicales y el punto de vista de las bases. No obstante, estas últimas desempeñan un papel crucial en las cuestiones sindicales al apoyar activamente al sindicato y generar nuevos líderes cada vez que los ya existentes son encarcelados o expulsados de las minas. Edmundo Galarza Gamarra (30 años, 5 hijos, pasa entre 8 y 10 horas de pie en agua fría mientras trabaja en el Nivel 411, Sección Lagunas de la mina Siglo xx. Cuando se le entrevistó en 1967 ganaba menos de un dólar diario) expresó una serie de actitudes que seguramente son representativas de la mayoría de los trabajadores pertenecientes a la base.

Cuando el general Barrientos visitó estos centros mineros [...] nos dijo que lo ayudáramos con la disminución de nuestros salarios solamente por tres meses. Pasaron dos años y nada ha cambiado: nadie se acuerda de solucionar los males que confrontamos. No creo en los gobernantes ¡menos en los militares!, cuya única forma de arreglar las cosas es con la fuerza. Tampoco soy político, no entiendo qué es imperialismo y comunismo, sólo quiero pan para mis hijos y mejores condiciones de trabajo para los obreros y para mí [...]

Los sindicatos que tenemos organizados, elegidos en asambleas democráticas, representan los intereses de la clase obrera; esa es su función y para ello fueron designados. Creo firmemente que está identificada con nuestra causa. Los trabajadores no conocemos mucho de sindicalismo; en cambio, sostenemos que son muy importantes estos organismos para conseguir lo que nosotros solos jamás lograríamos.²⁴

A pesar de que el sindicato de Siglo xx se estableció en 1940 bajo la influencia de un diputado perteneciente al PIR y que a partir de ese momento las ideas marxistas han sido utilizadas por la mayoría de los dirigentes sindicales, las bases del sindicato no fueron adoctrinadas intensamente y respondían con entusiasmo al llamado más difuso del populista Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). El MNR presentaba siempre un aspecto más agresivo y combativo en las zonas mineras que la que presentaba en el Palacio Quemado o la Embajada estadounidense. Pero tales inconsistencias no inquietaban a la mayoría de los trabajadores mineros mientras sintieran que el partido estaba defendiendo ampliamente sus intereses y escuchando sus puntos de vista. Por ello, a mediados de los años cincuenta, incluso en Siglo xx los miembros de los sindicatos votaron abrumadoramente por el MNR como puede verse en el cuadro 2:

²⁴ *Revista Interamericana Andes*, Año 1, Núm. 2. "Una realidad que desgarrá", por Eusebio Gironda Cabrera.

CUADRO 2
VOTACION EN JUNIO DE 1956

	<i>Siglo xx</i>	<i>Huanuni</i>	<i>Colquiri</i>	<i>Sn. José</i>
MNR	4,179	4,967	2,362	2,437
Comunistas	130	2	10	68
Partido Obrero	68	2	—	3
Falangistas	38	24	57	116
Anuladas y en blanco	85	95	151	45

Doce años después, Magill trató de evaluar hasta qué punto esta muestra de trabajadores mineros estaba realmente comprometida con las ideas revolucionarias. Evidentemente hay una serie de motivos por los que su investigación no pudo asegurar la obtención de respuestas honestas en una cuestión tan delicada, particularmente debido a la (en esa época) reciente destrucción del movimiento de guerrillas. Sin embargo, los trabajadores encuestados dieron respuestas sorprendentemente militantes a otras preguntas del cuestionario de Magill. Por este motivo, el escepticismo respecto al comunismo que se informa en sus conclusiones no puede ser desechado automáticamente como producto de la intimidación. Los resultados de su investigación apoyan la afirmación de que los puntos de vista de Galarza Gamarra, citados anteriormente, sí eran representativos de las actitudes de los trabajadores pertenecientes a las bases. Por ejemplo, los hallazgos de Magill acerca de las actitudes hacia el comunismo no sugieren un grado muy alto de compromiso pro-comunista:

El comunismo es un sistema económico bueno o muy bueno	20%
El comunismo es un sistema económico malo o muy malo	60% ²⁵

Magill intentó también evaluar las preferencias partidistas de los trabajadores encuestados. Con ciertas reservas, estas cifras sugerirían que en 1968 los mineros comunes dividían sus preferencias de partidos más o menos de esta manera: MNR 50%, izquierda 8%, derecha 17%, no identificados 25%.²⁶

Existen, por lo tanto, pruebas no muy confiables las cuales sugieren que los trabajadores pertenecientes a las bases no están comprometidos abso-

²⁵ Magill, *op. cit.*, p. 121.

²⁶ *Ibid.*, p. 120. (Cifras reagrupadas por mí).

luta y claramente con la ideología marxista, a pesar de que sus dirigentes sindicales a menudo se clasificarían a sí mismos como marxistas. Sin embargo, en Siglo xx podríamos esperar un apoyo más activo de las bases a los partidos de izquierda que en la mayor parte de las otras minas. A pesar de ello, el diario del estudiante que citamos anteriormente ofrece ciertas pruebas de que incluso en el caso de los trabajadores mineros ordinarios que se identifican a sí mismos como comunistas, el nivel de preparación política puede no ser muy elevado:

Sábado, 17 de abril de 1971:

Esta mañana a la hora del pijcheo se comentaba, pero todo se concentró en la evocación de las actividades de Federico Escobar. Lo ven con simpatía y no sólo ellos levantan su nombre. También su partido, los pekineses, lo tienen como bandera. Pero este último no cuenta para el obrero. Lo recuerdan en todos sus actos de prepotencia hacia los jefes, sea este del grado que sea. Se decía que una vez llegó a la Gerencia y estaban los gringos en una reunión; les dijo que: ustedes tranquilos fumando cigarrillos importados mientras el obrero con coca y alcohol. Ustedes están fumando lo que nosotros ganamos. Salgan de aquí, carajos. Todos salieron menos el gerente, que habló sobre problemas gremialistas con Escobar y los obreros. A éstos, Escobar los hizo sentar donde estaban los gringos y repartió cigarrillos de las cajetillas dejadas por éstos. Cualquier obrero, si no era aviado en la pulpería, iba a quejarse donde él. Escobar iba a granputearlo. Le decía al empleado que si no quiere aviar a ese obrero se vaya a su casa. Todos le temían. Estaba llegando a un lugar y los empleados empezaban a temblar, literalmente, a temblar. Pasaba por sobre la autoridad de todos y era el rey chiquito en esta Empresa. Manejaba a la burocracia a plan de carajazos y puteadas. Esos son los recuerdos que viven en el obrero. Dicen que siempre andaba por todas partes con el libro en la mano. Debió ser un control obrero lector. Lo malo, lo malísimo es que no haya dejado una idea política [...]

Una interpretación similar de las actitudes del "grueso de las masas" puede deducirse a partir de una fuente muy diferente. Durante 30 años el Partido Obrero Revolucionario (POR) de Guillermo Lora ha tenido cierta influencia en Siglo xx, pero ésta se ha concentrado en una pequeña minoría de activistas políticos. Al comentar el fracaso de la lista electoral que apoyaron para derrotar a los candidatos comunistas pertenecientes a la línea de Moscú en las elecciones sindicales de noviembre de 1975 (las cuales comentaremos más ampliamente en la sección iv), la publicación oficial del partido explicaba de la siguiente manera los cambios de su influencia entre los obreros:

Las elecciones son decididas no por las minorías politizadas, sino por el grueso de las masas, que actúa bajo el impulso de su instinto, que se desplaza constantemente entre los partidos y a veces se aleja de ellos. Esto corresponde a una etapa normal. Cuando se agudizan en extremo las tensiones sociales, el grueso de la clase se suelda con la vanguardia

revolucionaria. Eso explica por qué los trostkystas, que muy difícil y excepcionalmente ganan las elecciones, son invariablemente llevados a la cabeza de los comités de huelga.²⁷

Domitila Barrios de Chungara —dirigente de las mujeres en Siglo xx quien recientemente se ha dado a conocer en América Latina a través de su testimonio— ofrece una interpretación un poco contradictoria pero esencialmente similar, aunque sugiere que durante los últimos veinte años se ha llevado a cabo un proceso de maduración que ha aumentado la calidad de los dirigentes sindicales y ha logrado que se incremente la confianza de las bases en ellos:

La tradición de lucha del pueblo boliviano la debemos principalmente a la clase trabajadora, que no ha permitido que los sindicatos caigan en manos de los gobiernos [...] En el pasado, por nuestra poca preparación, por nuestra falta de solidaridad, muchos dirigentes se han vendido al gobierno. A veces, porque los escogíamos mal. [...] Otras veces hallábamos a un tipo realmente sano, honesto, que quería estar al servicio de la clase trabajadora. Lo elegíamos y nos olvidábamos de él, lo dejábamos solito a enfrentarse con el gobierno, con la empresa [...] Pero, a través de los años fuimos aprendiendo, y comprendiendo el valor de la solidaridad. Y también han surgido dirigentes revolucionarios bastante comprometidos con la clase trabajadora [...] en los últimos veinte años se han formado varios dirigentes sanos y fuimos aprendiendo la importancia de bien escoger a los dirigentes y de tener para con ellos una gran solidaridad, controlándolos, apoyándolos y criticándolos cuando no actúan como deben.

Aquí en las minas los compañeros nos controlan bastante y si no les convence lo que hacemos, aun el obrero más humilde nos llama la atención y nos critica.²⁸

Gran parte de los testimonios más útiles en lo referente a las actitudes de las bases provienen de la mina Siglo xx, pero no debemos dar por sentado que estas mismas características existen necesariamente en las demás minas, ni siquiera en aquellas casi tan grandes como Siglo xx. Por supuesto que los trabajadores mineros tienden a estar muy conscientes de su identidad como una clase *nacional*, pero uno de los elementos claves de la teoría de la “masa aislada” (que intenta explicar la solidaridad y la intransigencia que surge a menudo en los campamentos mineros) es que los trabajadores viven en comunidades que “tienen sus propios códigos, mitos, héroes y normas sociales”.²⁹ Esta frase subraya el hecho de que podemos esperar que *cada campamento minero* tenga sus propias tra-

²⁷ *Masas*, Núm. 499, 9 de noviembre de 1975.

²⁸ “Si me permiten hablar”, *Testimonio de Domitila*, por Moema Viezzer, México, Siglo XXI (1977), pp. 36-38.

²⁹ A. Kerr y Siegel, *American Journal of Sociology*, (1954), p. 192.

diciones e historia, pero esto no quiere decir que todas sean necesariamente tan militantes como las de Siglo xx. Es de esperarse que el aislamiento origine la especificidad de cada campamento, pero cuando este fenómeno afecta a una serie de comunidades es poco probable que produzca un radicalismo *uniforme* en todas ellas. Efectivamente, un dirigente de la FSTMB conocedor de las condiciones existentes en los diversos campamentos mineros me aseguraba que Siglo xx poseía una tradición combativa característica a partir de la masacre de 1923; en tanto que en Huanuni el sindicato tenía siempre la tendencia a ser "amarillo", tendencia que persiste en la actualidad; por otra parte, la tradición en Quechisla consiste en seguir la línea de los dirigentes nacionales, cualquiera que ésta sea. Este informante llegó a afirmar que las tradiciones son tan fuertes, que varias generaciones de dirigentes de una misma mina llegan a hablar con el mismo estilo. Aseguró que en un ampliado de dirigentes sindicales se puede llegar a identificar el origen de cada delegación por su manera de hablar.³⁰ Sea como sea, las diferencias de actitudes entre los trabajadores mineros de diferentes campamentos se vuelven insignificantes cuando se les compara con las diferencias de perspectiva que separan al conjunto de los trabajadores mineros de Bolivia de otros grupos de obreros bolivianos, así como de obreros de otros países.

IV) *Actitudes de los mineros bolivianos en contextos comparativos*

La investigación llevada a cabo por John Magill nos permite comparar las actitudes de los trabajadores de una muestra de diez minas localizadas en tres provincias de Bolivia, con las actitudes de otros tipos de trabajadores en el mismo país y las de trabajadores de países totalmente diferentes en donde se aplicó el mismo cuestionario. Por consiguiente, tenemos una muestra que promedia las diferencias entre diversos campamentos mineros de Bolivia y pone de relieve el contraste que existe entre sus actitudes evaluadas y las de otros grupos. Los problemas de comparación válida que esto implica son altamente problemáticos, pero los contrastes en sus descubrimientos son tan marcados que merecen toda nuestra atención, especialmente cuando se les une con los otros tipos de testimonios que hemos citado anteriormente. Esta sección sobre las actitudes de las bases concluye, por lo tanto, con el resumen de algunos de los hallazgos más sobresalientes de la investigación realizada por Magill.

³⁰ Entrevista con Sinforoso Cabrera, La Paz, 16 de diciembre de 1971. La comparación sistemática que Doris Widerkehr lleva a cabo entre dos minas de tamaño medio pone de relieve el grado de variedad que puede encontrarse. *Bolivia's Nationalized Mines: A Comparison*. (Ph. D. Department of Anthropology, NYU, febrero de 1975).

Las actitudes que Magill atribuye a su muestra de mineros bolivianos son el resultado de la aplicación de un cuestionario diseñado, en gran parte, según el modelo de Henry Landsberger (cuya investigación de 1963 fue utilizada para afirmar —algo irónicamente en vista de los sucesos subsecuentes— que la clase obrera de Chile no era revolucionaria).³¹ Magill incluyó en su cuestionario una pregunta sobre los objetivos del movimiento obrero, similar a la utilizada por Landsberger en su investigación y a la empleada por Inkeles en un estudio comparativo de los dirigentes obreros de Venezuela.³² Mientras que la mayor parte de los trabajadores encuestados por Magill pertenecía a las bases de los sindicatos, en Chile y Venezuela se interrogó únicamente a dirigentes sindicales. Magill informa que: “En los tres estudios los obreros encuestados afirmaron que la tarea más importante de un sindicato consistía en la obtención de beneficios económicos y de otra índole para sus miembros”.

Sin embargo, a pesar de que los trabajadores bolivianos veían a sus sindicatos en términos predominantemente socioeconómicos, el 27% escogió una o ambas alternativas políticas como una de las tareas más importantes que un sindicato debía realizar. Este porcentaje es mucho más alto que los de las otras dos investigaciones, lo que forzosamente nos lleva a la conclusión de que los trabajadores bolivianos tenían una mayor orientación política que sus similares chilenos. Esto es especialmente cierto si consideramos que los obreros interrogados por Landsberger eran dirigentes sindicales, de los cuales podría esperarse una mayor orientación política que de los miembros comunes.³³

El alto grado de politización de los trabajadores bolivianos se acentuaría todavía más, si una respuesta —que aparecía tanto en la encuesta de Landsberger como en la de Magill— fuera reclasificada como respuesta “política”. En los resultados citados anteriormente, la respuesta “hacer a los trabajadores más conscientes políticamente” (dada por el 10% de los trabajadores chilenos encuestados y por el 13% de los bolivianos) fue considerada como prueba de politización; pero la respuesta “lograr la unificación y consolidación del movimiento obrero en el país” no fue considerada de esa manera. No obstante, podría argumentarse de manera

³¹ “The Labor Elite: Is It Revolutionary?” en Lipset y Solari (eds.) *Elites in Latin America* (1967).

³² Landsberger preguntó: “Pensando en los próximos tres o cinco años, ¿cuáles de los siguientes objetivos piensa usted que el sindicato debe tratar de alcanzar?”, y tomó en cuenta las tres primeras selecciones de un total de nueve. Magill preguntó: “De la siguiente lista ¿cuál debe ser, según su opinión, la tarea más importante de su sindicato?, ¿La segunda?, ¿La tercera?” y presentaba siete alternativas, cinco de ellas tomadas de Landsberger.

³³ Magill, *op. cit.*, pp. 111-113. Magill comparó también las respuestas de los dirigentes obreros con las de las bases, y descubrió que —a diferencia del caso venezolano en donde algunos observadores encontraron una marcada división entre los dirigentes politizados y las bases apolíticas— en Bolivia “las respuestas de los dirigentes [...] no diferían de las de sus miembros”. (p. 115).

razonable que en ambos países la segunda respuesta representaba en realidad —debido a las condiciones que prevalecen en América del Sur— un claro compromiso *político* por parte de los miembros de sindicatos. Es poco realista por parte de Magill clasificar esta respuesta como apolítica, aunque en las condiciones que prevalecen en Estados Unidos podría interpretarse de ese modo. Por el contrario, yo sostendría que en las condiciones de Bolivia y Chile esta respuesta debe ser clasificada como la expresión de una serie de aspiraciones de alto contenido político, casi “revolucionarias” (para utilizar la terminología de Landsberger). Debe señalarse que según este indicador, y según los empleados por Magill, los trabajadores bolivianos encuestados mostraban una mayor orientación política que los trabajadores chilenos.

Además de esto, el 73% de los trabajadores mineros de Bolivia dijeron “no estar satisfechos” con sus trabajos actuales y el 52% afirmó encontrarse en una gran miseria.³⁴

De los 126 mineros entrevistados, 82 dijeron que su vida era peor que la vida de un campesino (aunque muchos de ellos alguna vez fueron campesinos).³⁵

Existía también una enorme brecha entre las aspiraciones para el futuro de su hijo mayor y sus esperanzas a este respecto (pp. 84-85). No era menos pronunciado su descontento con el gobierno de Barrientos, como lo muestra claramente el cuadro 3 (que combina los hallazgos de Magill (p. 93) con los de Almond y Verba).³⁶

CUADRO 3
EXPECTATIVAS DEL TRATO POR PARTE DEL GOBIERNO/POLICÍA

	<i>E.U. (1959-60): Todos los ciudadanos</i>	<i>México (1959-60): Todos los ciudadanos. (En realidad, los urbanos)</i>	<i>Bolivia 1968: Todos los trabajadores</i>	<i>Bolivia 1968: Mineros</i>
Esperan un tratamiento equitativo	84%	37%	15%	9%
No esperan un tratamiento equitativo	9%	54%	75%	87%

NOTA: A pesar de que Magill hizo las mismas preguntas que Almond y Verba, no comparó sus respuestas con las de ellos, sin duda por las diferencias entre ambas muestras. Magill entrevistó solamente a trabajadores manuales bolivianos que pertenecían a sindicatos y eran localizados a través de sus lugares de trabajo (no representativos). Para poder compilar los datos de este cuadro, he simplificado ligeramente la tabulación de Almond y Verba.

³⁴ *Op. cit.*, p. 69 y p. 72.

³⁵ *Ibid.*, p. 76.

³⁶ *The Civic Culture*, p. 71.

El cuadro 4 ofrece pruebas aún más sorprendentes del descontento radical de los trabajadores mineros de Bolivia con su gobierno. El 69% de ellos afirmó que el país estaría en mejores condiciones sin las actividades del gobierno nacional, opinión que sólo compartía el 3% de los ciudadanos estadounidenses entrevistados en 1960.

CUADRO 4
EFECTOS DEL GOBIERNO NACIONAL EN LA CONDICIÓN DEL PAÍS

	<i>E.U.: Todos</i>	<i>México: Todos</i>	<i>Bolivia: Todos los obreros</i>	<i>Bolivia: Mineros</i>
Algunas veces/generalmente tienden a mejorar las condiciones	95%	76%	48%	29%
No tiene ningún efecto	1%	2%	3%	1%
El país estaría mejor sin él	3%	19%	46%	69%

NOTA: Tomado de *The Civic Culture* (p. 48) y Magill, *op. cit.* (p. 94). Las notas del cuadro 3 se aplican también aquí.

A pesar de todas las reservas que pudieran tenerse acerca de las hipótesis implícitas en estas comparaciones entre países, las tendencias que se ilustran son tan definidas que no puede discutirse el hecho de que los trabajadores mineros estaban —por lo menos en 1968— radicalmente enemistados con su gobierno. De manera más general y con las palabras de Magill:

[...] la mitad de los trabajadores pensaba que el gobierno no era eficaz, no resolvía los problemas, no proporcionaba bienestar, ni prestaba atención a las demandas del pueblo o de los obreros, no cumplía su palabra, era injusto, estaba vendiendo al país o estaba implicado en otras acciones que justificaban la violencia en contra del gobierno.³⁷

III. LIDERAZGO DE LOS SINDICATOS

¿Cuál es el carácter típico de la relación que existe entre los principales dirigentes del sindicato minero y las bases? Sobre esta cuestión tenemos por lo menos ciertos testimonios basados en el cuidadoso estudio de Doris Widerkehr sobre la Empresa San José (una mina nacionalizada cerca de

³⁷ Magill, *op. cit.*, p. 95.

la ciudad de Oruro), el cual fue redactado a principios de la década de los setenta con la cooperativa minera de Kami:

La estructura de liderazgo era más compleja en la mina que en la cooperativa, con la lucha de numerosas facciones en las elecciones sindicales y sin que nadie tuviera el control general. Los estatutos del sindicato ordenan la realización de elecciones anuales y limitan el número de veces que una persona puede ocupar de manera consecutiva el mismo puesto. Esto ha provocado que haya constante cambios en el liderazgo. Sin embargo, existe la tendencia de que ciertas personas retornen a posiciones de liderazgo ya sea cambiando de un puesto a otro o ganando una votación después de haber abandonado el cargo por algún tiempo. Este era el caso de ciertos activistas sindicales [...] algunos de los dirigentes sindicales de la mina manejada por el Estado son trabajadores administrativos y se encuentran, por lo tanto, en una categoría social más alta que los mineros. Además debe considerarse el hecho de que un puesto sindical en la Central (San José) puede ser un escalón para alcanzar el liderazgo en otras organizaciones obreras, políticas o gubernamentales [...] Estos factores aunados a la influencia de los partidos políticos rivales hace que la relación entre los mineros y los dirigentes sindicales sea más impersonal y tenga un mayor revestimiento ideológico que la que existe entre los mineros de la cooperativa y los miembros de su consejo.³⁸

El análisis que esta autora realiza de las condiciones del liderazgo sindical que observó en los años 1970-1971 nos proporciona una visión importante de la situación que prevalecía en un momento particular, pero carece quizá de la perspectiva histórica necesaria. El sindicato de San José adoptó probablemente los mismos procedimientos electorales que se observaron en Siglo xx (el núcleo de donde las innovaciones se difunden a otras minas), en tal caso podría ser significativo que el reglamento que prohíbe la reelección de dirigentes no fue adoptado en Siglo xx hasta marzo de 1971. En todo caso podría argumentarse que —cualquiera que sea la estructura formal de los reglamentos y procedimientos electorales en San José— un solo dirigente sindical había tenido una influencia tan grande y una tradición de liderazgo tan larga como las que esta autora observó en la cooperativa de Kami. Efectivamente, *La Patria* (Oruro) informó sobre los resultados de una elección en San José el 12 de enero de 1964, bajo el titular: "Armando Morales reelegido por octava vez". De un total de 1,298 votos posibles para la elección de secretario general del sindicato, Morales había asegurado 1,230. Por lo que respecta al período en que realizó su trabajo de campo, Doris Widerkehr admite (p. 172) que en la elección de 1970,

³⁸ D. Widerkehr, *op. cit.*, pp. 182-183. Véase también su manuscrito inédito sobre Kami: "Autonomy Overshadowed: A Bolivian cooperative within the Nationalized Mining Industry".

ser empleado constituía una gran desventaja para el secretario general.³⁹ Su mandato no duró mucho tiempo, ya que en febrero de 1972 Morales fue reelegido una vez más secretario general del sindicato. Más tarde, en octubre de 1975, el sindicato publicó un documento en el que demandaba un aumento de salarios y rechazaba a los coordinadores laborales nombrados por el gobierno.

También se resolvió encomendar a la FSTMB, tramitar la reincorporación del exdirigente sindical de San José, Armando Morales Gómez, a su fuente de labor, debido a que, actualmente, está marginado de la empresa.⁴⁰

He aquí un claro ejemplo de un fuerte liderazgo paternalista en un sindicato minero. Una vez que alguien ha logrado ganar la confianza de las bases, ya sea como fundador o dirigente de un campamento minero, puede resultar muy difícil reemplazar su liderazgo a pesar de lo que los reglamentos electorales puedan señalar al respecto. (Si un dirigente fuera hostilizado por el Ministerio de Trabajo o por el cuerpo directivo de Comibol, esto ocasionaría probablemente que aumentase la lealtad de sus seguidores. Los trabajadores sólo modificarían su actitud en caso de que las autoridades lograran que el dirigente sindical se pasara a su lado.)

Pero ¿acaso la fuerza del liderazgo sindical tradicional en San José era una excepción? Después de todo era una mina poco usual en la que, en 1971, el 67% de sus trabajadores regulares había estado en la nómina de pagos por lo menos durante quince años (Widerkehr, p. 67). A pesar de ello podemos recordar que Federico Escobar ocupó por primera vez un cargo en el sindicato de Catavi a fines de la década de los cuarenta, actuó como control obrero en Siglo xx desde 1955 hasta el momento de su arresto y la supresión del cargo en 1963, y continuó siendo dirigente indiscutible del campamento hasta su muerte en 1966. Otros dirigentes sindicales con carreras extremadamente largas serían: Mario Torres (secretario general de la FSTMB de manera ininterrumpida entre 1945 y 1965, murió en el exilio en 1974), Simón Reyes (Siglo xx), Oscar Salas (Huanuni), Víctor López (Quechisla). Este sería también el caso del administrador de la cooperativa Kami estudiada por Doris Widerkehr, quien probablemente era un exdirigente sindical establecido hace largo tiempo: Corsino Pereira. Pero, por supuesto, quien mejor simboliza la firme adhesión de los trabajadores mineros a sus dirigentes tradicionales es Juan Lechín Oquendo, secretario ejecutivo de la FSTMB durante 35 años (reelegido recientemente por decimosexta ocasión).

¿Cuáles son los principios de lealtad que estos líderes han utilizado, y qué es lo que deben hacer para conservar el apoyo de las bases? Doris Wider-

³⁹ June Nash da más información sobre esta elección en el sindicato de San José en 1970, en su artículo sobre "Worker Consciousness and Sindicalist Organization" (NYU, manuscrito, sin fecha), especialmente p. 23.

⁴⁰ *Presencia*, 15 de octubre de 1975.

kehr señala que todos los dirigentes sindicales están afiliados a algún partido político y sugiere que esto se debe a que los partidos proporcionan los fondos necesarios para participar en las elecciones sindicales. Cabe señalar, sin embargo, que todos los dirigentes sindicales pertenecen a partidos políticos principalmente porque esto les permite el acceso a otros grupos fuera de su base en los campamentos mineros y porque desean encontrar soluciones a nivel nacional para los problemas de los miembros que no pueden resolverse utilizando medios puramente locales o apolíticos. Yo afirmaré que es más común que un dirigente sindical transfiera el apoyo de los trabajadores de las bases al partido que él seleccione, que el partido en cuestión proporcione una base popular a un dirigente sindical.⁴¹ Por este motivo tengo la impresión de que la evaluación de Doris Widerkehr de las fuentes de apoyo al administrador de la cooperativa en Kami, es más representativa de la situación que prevalece en las principales minas de Bolivia que de la situación que ella observó en una visita (posiblemente atípica) a San José. Refiriéndose al administrador de Kami, la autora escribió lo siguiente:

A pesar de que él mismo era miembro activo del partido político Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN) y de que muchos mineros locales se identificaban también con este partido, su liderazgo en la comunidad se basaba mucho más en la lealtad personal que los mineros le profesaban, que en compromisos ideológicos. (p. 142).

Ya se ha mencionado anteriormente aun en el caso de Federico Escóbar, fundador y secretario general del Partido comunista "Pekinés", que no era su afiliación al partido lo que atraía a los mineros, sino que más bien eran los mismos mineros quienes admiraban su estilo agresivo de liderazgo y seguían sus consejos para la elección adecuada de un partido. La influen-

⁴¹ De nueva cuenta puede ser un caso especial, pero Armando Morales constituye un ejemplo conveniente sobre este tema. En julio de 1959 los dirigentes de la FSTMB apoyaron una demanda en la que se exigía su renuncia como secretario general del sindicato San José y en la que se le ordenaba responder por "fondos sindicales manejados durante cuatro años sin revisiones". En una asamblea general sus críticos dijeron que Morales

no puede seguir actuando de acuerdo a sus intereses, en diferentes tiendas políticas 'unas veces en las tiendas del liberalismo, otras en las tiendas del MNR o de Falange, otras veces en las tiendas del partido comunista y del POR, otras, finalmente, invocando un sindicalismo intransigente'. (*La Patria*, Oruro, 31 de julio de 1959).

(Debe explicarse que en esa época San José estaba en peligro de ser clausurado y que Morales estaba probablemente desesperado por encontrar cualquier aliado externo, por heterodoxo que fuera, que pudiera evitar este desenlace. Cinco años después, en enero de 1964, Armando Morales fue llamado a gritos en una Convención del MNR. La reacción no se hizo esperar: "Exclamando 'Gloria al MNR', mineros de San José renunciaron masivamente", decían los titulares de *La Patria*, 25 de febrero de 1964.)

cia limitada de la maquinaria partidista incluso en la mina Siglo xx puede deducirse del discurso que Gregorio Iriarte atribuye a Federico Escóbar:

El sindicato de Siglo xx es apartidista. Pertenece a la clase trabajadora. ¡Ojo con los políticos que hablan lindo! Los partidos políticos deben servir a la clase trabajadora y no servirse de ella. Es la clase trabajadora la que debe hacer sonar sus tambores para que ellos bailen a nuestro ritmo.⁴²

Los dirigentes que muestren alguna simpatía por intereses ajenos a las bases sindicales, o se identifiquen con ellos, se exponen a que los trabajadores desconfíen inmediatamente de ellos. Doris Widerkehr subraya la *ambivalencia* con la que los dirigentes son vistos por sus seguidores (pp. 135-136); los testimonios de otras minas sugieren que se trata de un fenómeno general. Los mineros están decididos a no dejarse engañar por sus dirigentes, como se piensa que sucede en el caso de los campesinos; y ya que sus dirigentes carecen de recursos económicos y, por lo tanto, les es muy difícil proporcionar beneficios materiales a sus seguidores, deben ofrecerles beneficios psíquicos. Incluso en una de las raras ocasiones en que la Federación pudo obtener ventajas materiales para sus miembros (la reposición de sueldos en noviembre de 1970), Doris nos dice que:

fue muy difícil para los dirigentes superar la desconfianza de las bases mientras viajaban de una mina a otra explicando su posición en diferentes asuntos [...] cuando vinieron a la Central (San José), los mineros se mantuvieron impasibles durante el anuncio de la victoria. Después, cuando se les preguntó individualmente qué opinaban del nuevo decreto, la respuesta de todos fue escéptica y precavida: 'Creeré en él cuando lo obtenga.'⁴³

En Siglo xx se registraron reacciones similares:

26 de enero de 1971

[...] A la llegada de Filippo y otros dirigentes sindicales los mineros empezaron a exclamar protestas por el atraso de aquéllos. Hubo un abucheo de tal vez 20 minutos donde reanudaron los insultos de vendidos, comprados, pequeño burgueses y otros de subido calibre [...] sentados al suelo, escucharon a Filippo sobre la reposición de salarios en los precios de contrato. Filippo explicó paciente, clara y reiteradamente. Hizo la comparación de metros, roca blanda, mediana o dura —escalas de los precios que existían en 1965, luego la rebaja que sufrió hasta el 70, y los actuales que regirán, y superan, en varios casos, al año 65. Le hicieron preguntas y eran prepotentes los mineros; sabían defender enérgicamente sus salarios, exigían que se les explicara hasta que llegaran a

⁴² Gregorio Iriarte, *Galerías de Muerte: Las Minas Bolivianas* (Tierra Nueva, Montevideo, 1972), p. 185. El padre Iriarte fue sacerdote en Siglo xx durante la década de los sesenta.

⁴³ D. Widerkehr, *op. cit.*, p. 171 y p. 175.

comprender absolutamente. Cuando comprendían no confiaban absolutamente en la verdad, la realidad de la explicación. Decían que para asegurarse si realmente existía la reposición de salarios y la superación de éstos a los que regían al año 65, iban a esperar el día de pago y confrontar la existencia real o no real de esa medida que Filippo y Crespo —otro dirigente de la Fedmin— les decía [...]

A pesar de ello, la mayor parte del tiempo los dirigentes sindicales deben pedir sacrificios a los miembros de sus sindicatos en vez de proporcionarles beneficios. ¿Qué podría estar más diametralmente opuesto al estereotipo de "sindicalismo empresarial" que se practica en Estados Unidos, que el predicamento en el que a diario se encuentra un dirigente sindical de las minas bolivianas? Las anotaciones de este mismo diario dicen lo siguiente:

26 de enero de 1971

[...] sin embargo el problema social acá es extremadamente patético. Eso se lo observa, se lo ve a cada cuadra, al doblar toda esquina, en todas las puertas, es desesperante. A Filippo, como dirigente de la Fedmin, lo acosan por todos los flancos pidiéndole, exigiéndole, la solución de los problemas más variados: desde la inscripción a la escuela de los hijos de mineros retirados o próximos a ser recontractados, hasta los que piden volver a la Empresa y la amenaza de huelga de hambre por parte de las mujeres de aquéllos que no han vuelto a la Empresa o de las palliris que no son indemnizadas o reconocidas en sus años de trabajo para las indemnizaciones y otros beneficios correctos y generales [...]

Por más de una década los dirigentes sindicales no han sido capaces de ofrecer más que remedios temporales e ineficaces para estos problemas crónicos y abrumadores. En tales circunstancias, los dirigentes sólo pueden justificar su existencia solidarizándose con las penurias de los miembros y —si es necesario— sacrificándose por ellos. June Nash afirma que en las minas que estudió:

después de los conflictos en la década de los sesenta, los trabajadores estaban desmoralizados y no creían en ningún dirigente, ni siquiera en aquellos que estaban en prisión o en el exilio. Sólo los muertos eran héroes, y el hecho mismo de que algunos sobrevivieran constituía —para ellos— la prueba de que se habían vendido.⁴⁴

Por la misma razón, personajes que al estar en el poder no gozaban de la confianza de los mineros a pesar de sus intentos por ganárselos, han sido purificados y glorificados después de su muerte. Especialmente, este es el caso del presidente Villaruel (colgado en julio de 1946), pero también —hasta cierto punto— el del expresidente Torres (asesinado en junio de 1976).

⁴⁴ "Cooperatives, Collectives and Coparticipation". (Ponencia, septiembre de 1973), p. 26.

Durante la primera mitad de este siglo, los mineros bolivianos han oscilado entre amenazar con la revolución y sufrir la represión. En ambos casos han provocado un efecto catalítico en otros sectores de la sociedad boliviana, dividiendo y desacreditando a las fuerzas consideradas como responsables de la represión y dando fuerza a los grupos disidentes fuera de las minas para la creación de alianzas a nivel nacional que exijan un cambio radical. El eje indispensable de estas alianzas lo constituye la FSTMB y, por este motivo, los dirigentes sindicales de los principales campamentos mineros que han tenido éxito en sus funciones ocupan una posición privilegiada en los sectores radicales y de oposición de la política boliviana. De esta manera, personas muy capaces que no son mineros ordinarios han sido atraídos por el movimiento obrero. En un momento dado, artesanos, estudiantes, maestros y oficinistas —que podrían denominarse intelectuales radicalizados— llegaron a trabajar en las minas obligados algunas veces por la necesidad económica y otras al ser llamados por partidos políticos. Tales elementos influyeron en ciertos estratos de trabajadores y ambos grupos han proporcionado a los mineros bolivianos un liderazgo de muy alta calidad. Sin embargo, esta calidad fluctúa y cabe señalar que después de cada ciclo de reconstrucción (mediados de los cuarenta, 1952-1970) los sindicatos mineros adquieren su mayor vitalidad.

El ímpetu revolucionario de la década de los cuarenta y de principios de los cincuenta ha sido tal vez más difícil de sostenerse desde el momento en que el superestado minero fue reemplazado por el ejército boliviano como la fuente directa y visible de opresión. Por una parte, durante la última década los dirigentes de los sindicatos mineros de Bolivia casi no han logrado resolver los abrumadores problemas cotidianos de las bases, quienes en todo caso los miran de manera ambivalente y con cierta desconfianza. Por otra parte, sin embargo, estos mismos dirigentes poseen un prestigio nacional considerable que inspira respeto y admiración más allá de los límites de los campamentos mineros. No sólo eso, sino que algunas veces dichos dirigentes pueden llegar a tener la fuerza necesaria para enfrentarse al gobierno e incluso para lograr que las jerarquías sociales se tambaleen.

Para conservar la lealtad de sus seguidores, el dirigente minero debe mantenerse cerca de ellos y si se le critica por no lograr sus objetivos, debe estar dispuesto a enfrentar la hostilidad para probar que está de parte de sus representados y que son otros los responsables de sus fracasos. No obstante, las configuraciones políticas en Bolivia pueden cambiar de manera tan violenta que el heroísmo no resulta suficiente. Los dirigentes sindicales podrían también sentir la necesidad de poseer una gran agilidad para pasar rápidamente del enfrentamiento a la negociación, o del contacto con guerrillas a pactos con oficiales militares nacionalistas, según vayan cambiando los riesgos y beneficios de cada alternativa táctica. Es muy probable que los dirigentes que actúen de esta manera sean objeto de críticas, sobre la base de que sus sinuosas trayectorias son una prueba de

su oportunismo, corrupción o falta de sinceridad. Una explicación un poco más suave diría que el costo personal de una actitud demasiado honesta es muy alto. No sólo eso, sino que en donde predominan estilos personales de liderazgo, el sacrificio de un solo dirigente puede poner en peligro las perspectivas de todos sus seguidores e incluso todo el proyecto que le fue encomendado.

A los dirigentes sindicales se les acusa principalmente de dos cosas: oportunismo y burocratización. Se piensa que el remedio para ambos problemas es un mayor control de las bases sobre los dirigentes. Concluiré esta sección señalando que en las minas bolivianas la influencia de las bases sobre la conducta de los dirigentes sindicales es extraordinariamente fuerte; las constantes presiones para que los dirigentes reafirmen ante los miembros de su sindicato su fidelidad a los intereses de los trabajadores hace muy difícil que los dirigentes puedan formar una coalición nacional lo suficientemente amplia y estable para resistir la presión de los poderosos intereses anti-obreros que existen en la sociedad boliviana. (Dada la estructura de la economía boliviana, obviamente resulta muy difícil gobernar *en contra* de los mineros, pero hasta ahora esto ha sido más fácil que gobernar *junto con* ellos.)

Robert Vandyck es quien con más fuerza ha acusado a los dirigentes sindicales de "burocratización". (A menudo, esta acusación se dirige también contra la administración de Comibol, pero esto no me corresponde a mí discutirlo pues lo que aquí me interesa es el movimiento obrero). Este autor dirige su atención al período 1952-1965 y describe a la Central Obrera Boliviana como "una organización con vocación burocrática" y añade:

en las empresas nacionalizadas o privadas, los dirigentes sindicales que no desarrollan ninguna actividad productiva son numerosos, 24 de cada 500 en algunas fábricas. Es claro que, al estar protegidos por la ley y al beneficiarse eventualmente del apoyo de la Confederación, estos dirigentes conservan una posición extremadamente fuerte a los trabajadores, quienes enfrentan los problemas mucho más en términos de integración y de protección que de participación [...]

La burocracia propiamente dicha incluiría: una línea de autoridad jerárquica, una dirección administrativa que mantuviera la red de comunicación, una continuidad de las operaciones y del empleo. Este modelo [...] se puede aplicar al sindicalismo englobado por la COB [...]

En el caso boliviano, el fenómeno financiero actúa en un doble sentido: por un lado, refuerza la preeminencia y la perennidad de la COB y de sus aparatos; por otro lado, frena también la tendencia a la constitución de una línea jerárquica única que le da estabilidad a los distintos niveles [...]. El flujo monetario se produce entonces de arriba hacia abajo y permite organizar milicias en los centros mineros o asegurarse el apoyo de cierto número de organizaciones afiliadas [...] la posición privilegiada del sindicalismo en el sistema protege, en cada empresa, a los representantes obreros contra el desinterés y las presiones eventuales de la

base y favorece la instauración de una jerarquización burocrática en el nivel de las unidades de producción.⁴⁵

Por lo menos en lo que se refiere a los sindicatos mineros, la información que Vandyck presenta es totalmente engañosa incluso para el período 1952-1965. Es cierto que según el informe de *Daños y costos del sindicalismo en Comibol* (publicado en 1965) a partir de 1952, habían existido 38 sindicatos en las minas nacionalizadas con un total de 447 dirigentes (incluyendo 24 dirigentes nacionales de la Federación y 29 controles obreros) cuyos salarios eran costeados por la empresa estatal. Si sacamos un promedio de todo el período, encontraremos que había un dirigente sindical de tiempo completo por cada 70 personas en la nómina de pagos. El dirigente promedio recibía un salario de menos de 1,000 dólares al año (un poco más que el salario de los trabajadores sindicalizados, pero sólo un 20% ó 30% más). Estos dirigentes incluían a figuras como Federico Escóbar y Armando Morales, quienes no pueden ser acusados de reprimir las presiones de las bases con el objeto de proteger o ampliar la organización burocrática. Estos dirigentes desempeñaron también un papel importante (positiva o negativamente) en el proceso de producción; actividad que ocupaba gran parte de sus energías diarias. Sin embargo, la objeción real al informe elaborado por Vandyck consiste en que pasa por alto definitivamente el papel de las asambleas sindicales, que eran el medio decisivo a través del cual se designaba a los dirigentes, se les llamaba a rendir cuentas, se les obligaba a justificar sus políticas y, con frecuencia, se les obligaba a modificar su conducta. Desde noviembre de 1954, Juan Lechín, destacó la importancia de estas asambleas en un discurso dirigido a la Central Obrera Boliviana: "nuestros críticos no han vacilado en hablar de la falta de democracia, de libertad y de unidad sindical. El hecho mismo de que los dirigentes puedan ser destituidos por las asambleas generales, que ellos puedan ser sometidos a duras y constantes críticas y hasta expulsados de sus cargos ¿no es una prueba de que estamos frente a una auténtica democracia sindical?"⁴⁶ Eran también estas asambleas las que determinaban la formación y el despliegue de los milicianos sindicales.⁴⁷ Por ejemplo, en 1958, el gerente general de la mina Catavi, Robert Chapman, escribió al presidente de Comibol refiriéndose a los sindicatos y quejándose de "la posición de los dirigentes que en ningún momento pueden

⁴⁵ "Le Mouvement Ouvrier Bolivien et la Revolution Nationale", *Sociologie du Travail*, 1969, Núm. 1, pp. 99-100.

⁴⁶ Primer Congreso Nacional de Trabajadores, *Discursos* (COB, La Paz, 1954), pp. 43-44.

⁴⁷ En las minas existían también milicianos pagados por el gobierno que contaban con sueldos regulares y buenas armas, pero ellos no eran organizados por el movimiento obrero sino por las empresas y el partido en el poder. Generalmente se les consideraba como una amenaza para los sindicatos.

imponer sus decisiones".⁴⁸ Inclusive en el nivel de la dirección nacional de la Federación, las decisiones más importantes tenían que ser ratificadas por asambleas de base abiertas en donde sólo era posible que se ejerciera un mínimo de manipulación (mucho menos de la que ejercen los dirigentes de la mayoría de los sindicatos en todo el mundo). En 1963, el *Manual del ejército estadounidense sobre Bolivia* destacaba las debilidades del control central de la FSTMB de la siguiente manera:

gran parte de la fuerza real de la organización radica en los dirigentes locales que representan a los trabajadores de las principales minas del gobierno, especialmente Siglo XX, Catavi, Colquiri, Huanuni, San José y Potosí [...] Los dirigentes locales —muchos de los cuales han adquirido una fuerza política considerable en ciertas áreas— elaboran habitualmente políticas sindicales relacionadas con asuntos locales sin consultar al Consejo Central de la FSTMB. Los miembros ofrecen su lealtad y su apoyo a estos dirigentes locales más que al sindicato nacional. (pp. 550-551).

No hay duda de que la interacción entre los dirigentes nacionales y locales era más sutil de lo que da a entender esta afirmación; pero aun cuando se encontraba en su punto culminante, la FSTMB dependía básicamente de las decisiones que se tomaban a nivel local. Estas decisiones no eran tomadas por burócratas a sueldo que estuvieran aislados de las bases, sino que se tomaban bajo la vigilancia de asambleas generales abiertas y —a menudo— combativas. Si el dinero fuera un recurso tan vital como Vandyck supone, sería inexplicable por qué los gobiernos no pudieron utilizar a la burocracia de la FSTMB para sus fines durante los años 1946-1951, 1956-1959 ó 1963-1964 (cuando el agregado laboral de Estados Unidos invirtió aparentemente grandes sumas de dinero en la totalmente fracasada COBUR). Según este autor, sería también difícil explicar la manera en que la FSTMB ha logrado sobrevivir desde 1964 a pesar de la interrupción de sus canales de comunicación, la destrucción de su cadena de radio y las frecuentes negativas al reconocimiento (y, por ende, al pago) de su personal, que continuamente es molestado y encarcelado. Seguramente, no es en virtud de sus recursos burocráticos que la FSTMB ha conservado durante los últimos quince años la capacidad de desafiar y desconcertar a los regímenes militares más fuertes,⁴⁹ esto ha dependido ante todo del espíritu de sus miembros ordinarios.

Los dirigentes que tienen la presión de las bases sufridas y combativas deben tener cuidado de no comprometerse demasiado al establecer tratos con otros sectores poderosos con los que hay una limitada convergencia de intereses. Por otro lado, los dirigentes mineros pueden sentirse des-

⁴⁸ *La Nación*, La Paz, 6 de septiembre de 1958.

⁴⁹ En 1974, la FSTMB empleó a 28 personas en todo el país y el total de sus gastos por concepto de sueldos era menos de 28,000 dólares.

perados por escapar de su aislamiento, organizar coaliciones y atraer a otros a un programa común, para así poder encontrar algún camino que ofrezca beneficios a los trabajadores de su sindicato (beneficios que no podrían alcanzar por sí solos, sin contar con un apoyo exterior). En la cumbre de su carrera, Juan Lechín contaba con el suficiente prestigio entre los mineros para poder intentar aliarse con las facciones más variadas —las cuales no excluían a los falangistas o al embajador de Estados Unidos—. Pero los resultados fueron desastrosos y a partir de 1965 ningún dirigente ha tenido tanta libertad de acción. Con un mayor control sobre ellos, los dirigentes mineros sólo tienen la posibilidad de organizar coaliciones en las que ellos sean el sector dominante. (Esta era la fórmula en la que se basaba la Asamblea del Pueblo en 1971). Dada la importancia práctica y simbólica de su base de poder, los dirigentes de la FSTMB pueden imponer su hegemonía sobre el resto del movimiento obrero y sobre algunos grupos dispersos de campesinos (principalmente los que están bajo la influencia de exmineros). A través de su compromiso con el marxismo, los dirigentes de la Federación pueden también atraer a su lado elementos importantes de la población estudiantil e incluso lograr cierto impacto en algunos sectores del aparato estatal. A pesar de esto, como lo reveló el experimento de Torres en 1970-1971, inclusive una poderosa alianza de todos los elementos mencionados anteriormente no sería muy viable como base para un gobierno. Debido al importante papel que desempeña la FSTMB, esta estrategia origina necesariamente una coalición extremadamente radical, segura de enfrentar una firme resistencia por parte de los intereses dominantes en la sociedad boliviana. Esta no es una situación que ofrezca a los dirigentes sindicales muchas esperanzas de asegurar logros limitados o crecientes. Aun en el caso de que las fuerzas antiobreras pudieran ser controladas, los dirigentes mineros tendrían todavía que enfrentar dificultades muy serias debido a la constante necesidad de llevar consigo a la mayor parte de las bases sindicales. Casi cualquier tipo de tratado con otros grupos poderosos, con el fin de estabilizar un régimen izquierdista amenazado, los haría susceptibles de ser acusados de complicidad en una traición más. Así, la presión de sus bases los obliga virtualmente a *dirigir* una coalición revolucionaria, pero también los priva de los medios necesarios para probar a sus aliados fuera de las minas que poseen la unidad, disciplina y flexibilidad tácticas necesarias para constituir un liderazgo nacional adecuado. No hay una solución sencilla para este dilema (que destruyó el gobierno de Torres en 1970-1971).

IV. CONCLUSIÓN

De acuerdo con la teoría leninista, el papel de una organización obrera no consiste en dirigir una coalición revolucionaria. Según esta perspectiva, la tarea de liderazgo recae en el partido político que ha preparado y organizado a la vanguardia de la clase trabajadora, precisamente para que de esta manera pueda aportar la unidad, disciplina, flexibilidad táctica y visión estratégica que un simple sindicato no podría reunir jamás. Cada uno de los partidos marxistas que tratan de obtener el apoyo de los trabajadores mineros de Bolivia argumentaría, por lo tanto, que la solución a mi dilema radicaría en que el verdadero partido revolucionario consolidara su hegemonía sobre el movimiento obrero. Los dirigentes sindicales podrían estar de esta manera bajo el control más estricto de las bases mientras las estrategias y tácticas revolucionarias fueran elaboradas y puestas en práctica por la vanguardia del partido, el que —por definición y como consecuencia de su organización superior— permanece identificado con los intereses reales de la clase trabajadora. Por lo tanto —dentro de esta teoría— si el partido revolucionario se hiciera cargo, los trabajadores mineros proporcionarían a la coalición revolucionaria que ellos encabezan un liderazgo insuperable y se controlaría la burocratización y el economismo de los dirigentes sindicales. El dilema desaparecería.

Sin embargo, en Bolivia todavía no existe un partido político organizado según los lineamientos leninistas que sea realmente efectivo y las perspectivas para su eventual surgimiento son muy inciertas. Ni los trabajadores mineros pertenecientes a las bases, ni los dirigentes sindicales que hemos estudiado en este artículo están totalmente preparados para este tipo de organización política; por el contrario, gran parte de su indudable radicalismo continúa siendo espontáneo y dirigido hacia sus necesidades inmediatas. Debido a la falta de un partido político fuerte y disciplinado, los sindicatos mineros continúan siendo los principales portadores del radicalismo político en la sociedad boliviana.⁵⁰ Los sindicatos han demostrado una capacidad asombrosa para soportar la represión y continuar insistiendo con sus demandas básicas, superando fácilmente en este respecto a la mayoría de los partidos políticos bolivianos. Este artículo ha identificado el carácter solidario de las organizaciones sindicales locales como un factor esencial para este tipo de logros, ha subrayado también hasta qué punto los dirigentes locales son presionados por las bases y de qué manera esta presión —por lo menos en épocas de adversidad— limita su flexibilidad táctica y el alcance de su planeación estratégica. Pero en tanto que estas características son muy favorables para la persistencia de lo que podría

⁵⁰ El comité ejecutivo de un sindicato minero incluía generalmente a once oficiales por lo menos. En la actualidad es común que tres o más partidos políticos estén representados en alguna de estas once posiciones y que la lealtad al sindicato compense la disciplina del partido.

denominarse una conciencia sindicalista radicalizada, podrían tender a impedir la consolidación de un partido político centralizado y disciplinado con una visión estratégica a largo plazo.

Los acontecimientos recientes sirven para confirmar esta interpretación del carácter del radicalismo de los mineros bolivianos. Su continua oposición a la dictadura de Banzer contribuyó en gran medida a su caída en 1978; pero es importante reconocer los principales elementos de su oposición: la determinación de defender sus salarios, sus condiciones de vida y la autonomía de sus sindicatos. A partir de los años cuarenta o incluso de los años veinte, los principales métodos de lucha han cambiado ampliamente; huelgas, huelgas de hambre, asambleas locales desafiantes, intentos de fraternizar con los soldados en las ocupaciones, y —cuando parecen estar físicamente más aislados— llamados a la solidaridad acompañados de noticias pasadas de contrabando sobre la opresión a la que son sometidos. Mientras la dictadura se derrumbaba, los mineros aprovecharon la oportunidad de obtener los beneficios que consideraban más importantes: aumento sustancial de salarios, recontratación de los trabajadores despedidos por sus actividades sindicales, restauración de las oficinas y radioemisoras sindicales, y reanudación de relaciones laborales “normales”. En relación con el gobierno nacional, la FSTMB continuó abogando por un programa de transformación socialista de largo alcance, pero en la práctica la mayor parte de su energía la dedicó a la reconstitución de la Central Obrera Boliviana y a la persecución de objetivos sindicalistas. En las luchas electorales de 1978 y 1979, los trabajadores mineros desempeñaron un papel relativamente secundario al votar en su mayoría por el candidato “populista de izquierda”, el expresidente Hernán Siles (cuya coalición incluía al Partido Comunista de Bolivia (PCB), aunque no tuvieran muchas esperanzas de que un resultado favorable en las elecciones fuera capaz de cambiar sus condiciones de vida. Por el contrario, es muy probable que los problemas de la industria del estaño mantengan a los mineros y a sus dirigentes tan ocupados con cuestiones inmediatas que les reste poca energía para la persecución de objetivos a largo plazo más amplios. La mina en Siglo XX, por ejemplo, ha producido estaño casi durante ochenta años y se está acercando finalmente a su agotamiento. La administración de la mina planea transformar el lugar en 1982 para llevar a cabo minería a cielo abierto; este cambio disminuiría en gran medida la necesidad de trabajadores de Comibol. Es posible que en las minas se restituyan conquistas aparentemente “revolucionarias” tales como el control obrero. Sin embargo, para desgracia de los trabajadores, las minas en las que tomarían el poder son empresas que se encuentran casi en la bancarrota, cuya producción se desplomó en 1979 y en las que los costos de producción promedio superan el precio internacional del estaño. No hay duda de que su radicalismo continuará estando muy arraigado, pero es probable también que éste mantenga su carácter seccional, improvisado y esencialmente defensivo.